

Gotas de ámbar

CUADERNO DE ARTISTA

Numerosos estudiosos sobre el Tarot conciben la serie de sus arcanos mayores como un camino ascendente hacia la realización psicológica suprema, el cual se desplegaría en 21 pasos o etapas (el arcano del loco no forma parte de la escala). El último peldaño de tal proceso correspondería al arcano de “el mundo”, habitualmente representado como un dios andrógino y danzante encerrado en el interior de una guirnalda que es a su vez rodeada por los cuatro símbolos de los evangelios. Últimamente desconfío bastante de quienes confían en una existencia encaminada hacia lo apoteósico, algo que trasciende la naturaleza humana; llamen a esta cúspide: mundo de las ideas, paraíso, gloria, socialismo, utopía, entre otros términos. Más bien, sin negar el aprendizaje ni la – relativa- sabiduría, tiendo a considerar cualquier trayecto biográfico como un paseo por un laberinto donde cualquier salida puede (y debe de) ser soñada pero jamás será hallada en realidad.



Il mondo. Tarot Visconti-Sforza. siglo XV.

Por eso me gusta tanto otra versión del arcano del mundo que forma parte de la baraja Visconti-Sforza. Dos infantiles angelotes sostienen a dúo con una de sus manos una esfera azul cobalto en la cual dormita una ciudad amurallada bajo estrellas doradas. Lo he comentado en otros textos del cuaderno: la baraja italiana traduce en imágenes el mundo cortesano del primer Renacimiento. Para un soberano, los límites de su mundo eran entonces los límites de su poder, así que más allá de la polis terminaba aquello digno de considerarse “mundo” (les ocurría lo mismo a los griegos). Semejante concepción nos puede parecer provinciana y paleta, pero lo cierto es que en ese ambiente surgieron obras maestras en pintura, arquitectura, música y literatura que eclipsarían a las que nuestra global y cosmopolita civilización puede ofrecer.

No obstante, la atracción que siento hacia esta versión del arcano desborda cualquier disquisición intelectual sobre la carta para adentrarse de lleno en el oscuro terreno de la memoria personal. La burbuja, con su almenada fortaleza, me recuerda a ciertos objetos que desde mi infancia han ejercido un poderoso influjo sobre mi imaginación, hasta el punto de que –creo– son la base de mi actual trabajo artístico.

De niño me gustaba echar una furtiva ojeada al salón de casa de mis padres; una habitación que tanto mi hermana como yo teníamos por lo común vedada, salvo en ocasiones especiales. Rebosantes de libros, sus estanterías y anaqueles crecían como árboles en un bosque encantado. Las vitrinas albergaban miríadas de cajitas relucientes, celosas de su tesoro. Sobre una repisa estaban, no obstante, mis *bibelots* favoritos: unos esféricos pisapapeles de vidrio que contenían un jardín perenne en su interior, con su tapiz floral de vivos colores coronado por unas cuantas burbujas que flotaban descuidadamente en el aire petrificado y transparente.



¡Me gustaba tanto perder los minutos escrutando hasta el más mínimo detalle de aquellos edenos totalmente detenidos! Me imaginaba la vida dentro de las burbujas, sometida a un tiempo diferente al del resto de los mortales, un tiempo invisible, tal vez lentísimo, pero no por ello menos fructífero. Desde entonces me complace imaginar paraísos ocultos en los más prosaicos rincones, jardines disimulados en la rutina gris que sólo un ojo atento logra descubrir. Justo como el que aparece en esta obra perteneciente a la serie de trabajos *Comunidad fantasma (Palencia-Norte)*.



Pequeño jardín oriental

No hay invierno dentro de la caseta que está en la jaula de los pajaros reales. Hay un jardín secreto lleno de huríes, apacibles sabios y fabulosos animales. Por suerte, ningún humano sabe de su existencia.

Pronto tuvimos en casa otro objeto emparentado con mis queridos jardines; de un viaje a Andorra trajimos algo muy similar a los pisapapeles pero en el fondo totalmente opuesto a ellos, se trataba de una bola de plástico que guardaba un líquido acuoso en su interior. Sumergido en él, un paisaje hecho de plástico barato, dormitaba en su plácida vulgaridad. Agitando la bola, unos copos blancos que yacían ocultamente en el fondo de la misma, se levantaban enfurecidos de repente provocando una terrible tempestad que nublaba por completo el pequeño mundo.



Ya se sabe que donde entra el movimiento, tarde o temprano sobreviene la catástrofe. Como niño que fui, disfrutaba sádicamente agitando la bola como loco y compadeciéndome después de los imaginados seres que sufrían tan horrendas inclemencias. Al fin y al cabo, un pintor de tanta calidad como Malcolm Morley también apela un sentimiento similar cuando simula accidentes con aviones y barcos de juguete, para pintarlos después a gran tamaño.

Tanto los pisapapeles como la bola de Andorra tuvieron sucesor en esos esféricos dispensadores de golosinas que se aposentaron más tarde en los rincones de los bares. Yo era demasiado mayor entonces para que tales burbujas me fascinaran como sus primas diminutas. Aún así, un residuo de mis infantiles recuerdos subsiste en este trabajo que muestro seguidamente, también perteneciente a la serie *Comunidad fantasma*.



Duendes de acuario.

En el coloreado océano de golosinas nadan abisales criaturas. Sus pastores son unos extraños duendes que hipnotizan a los niños con sus faroles.

La magia que me invadía observando estos universos en miniatura no es absoluto un fenómeno singular, privativo de mi persona. Multitud de niños sueñan y han soñado en ocasiones con gobernar su particular universo. Tal vez dicha fantasía responda a la voluntad de jugar, de prepararse para una edad adulta en la que desarrollar algunas de las habilidades aprendidas como amo imaginario. Pero, lo cierto es que los adultos sabemos cómo mandamos mucho menos de lo que los niños creen (o creían, porque ahora cada vez abundan más los tiranos de dos palmas). Nietzsche sabía que, efectivamente, el niño, imagen del superhombre, cuando juega, ejerce un poder infinitamente mayor que el detentado por el peor de los dictadores.

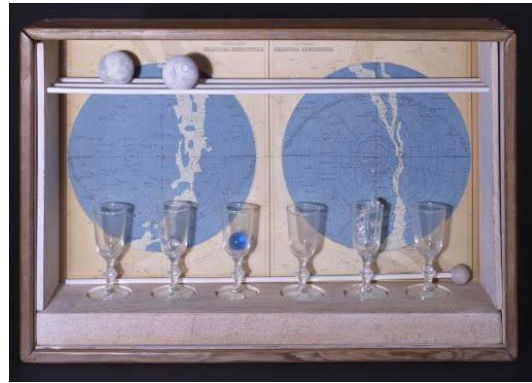


Santo niño de Cebú

Los sumerios nos han dejado los primeros juguetes; unos toscos carros de barro. En la época romana los muñecos ya formaban parte del ajuar infantil. En la Edad Media se popularizaron las funciones con títeres, en el Renacimiento aparecen los soldaditos de plomo, en el Barroco los teatrillos caseros de papel, en el siglo XIX las casas de muñecas se colocan en los dormitorios de las mansiones burguesas, el escalectrix y el tren eléctrico forman parte de la infancia de mi generación; y en la actualidad son los mundos lúdico-digitales, de la *play* a la *wii*, los artilugios que responden al ancestral apetito de dominio que los niños presentan. Estos facsímiles tecnológicos del universo han crecido en complejidad a lo largo de la historia; lejos de constituir un hecho cultural periférico, su estética ha influido en otros objetos científicos o artísticos destinados a un uso adulto. Tal es el caso de las esferas armilares, modelos astronómicos en madera y metal que, si bien se conocen desde la Antigüedad; eclosionan en el Renacimiento; justo cuando los juguetes se popularizan en las cortes europeas, y también cuando se dibuja esta versión de la carta del Tarot que nos ocupa. Lo mismo ocurre con las cajas de hojalata, llamadas “coseros” por nuestros padres y abuelos, las cuales eran un recinto sagrado en donde ellos guardaban los juguetes preferidos de una infancia no tan exuberante como la nuestra (ajena aún a los abundantes frutos del plástico). Estos cofres mágicos inspiraron notablemente a varios artistas de vanguardia, especialmente a los surrealistas. En la obra de Joseph Cornell, tanto las esferas armilares como los coseros infantiles se dan cita en sus vitrinas, que son retazos de un lugar lejano y un tiempo distinto, si bien en ocasiones se muestran rotas y desvencijadas, sugiriendo una infancia llena de vejaciones y abusos.



Esfera armilar



Vitrina. Joseph Cornell

De pequeño fui muy aficionado a la astronomía, por ello también las bóvedas celestes de bolsillo pueden encontrarse en alguno de mis trabajos. Aquí tenemos un ejemplo de un universo escondido que fascina a los niños como lo hacen los planetarios actuales, herederos de las viejas esferas armilares. Es un trabajo de la serie *Comunidad fantasma* y a la vez un estudio sobre las ferias rurales y sobre la falta de niños en nuestros pueblos. Tiene un aire lejano con el cuento del *flautista de Hamelin*.



La trampa cósmica

Este año la feria del Pueblo cuenta con una nueva atracción. Un universo en miniatura que fascina a los más pequeños. Hipnotizados, no logran salir ya por sus propios medios. Son los adultos los encargados de ir a buscarlos. Pero algunos niños no son echados en falta. La feria se va a otro pueblo y ellos con ella.

Pequeños cosmos, quien los conserva no dejará atrás su niñez, al menos no del todo, porque la frescura limpia del aire primaveral que toda utopía infantil contiene, va tornándose amarilla a medida que pasan las décadas y uno comprueba cómo las personas y objetos que a uno le rodeaban están hoy asediados por un océano de sombra, si es que no han caído ya en él. Así, los ojos de anciano, afectados de cataratas, ven los cochecitos de hojalata con los que un día jugó como siluetas veladas y borrosas.

Escribo estas frases a esa edad incierta, cuando la juventud va llegando a su término cual bosque dorado, más bello cuando ya ha traspasado su ecuador veraniego. Comienzo a tener una somera idea de lo que es envejecer, lógicamente, se trata únicamente de un extraño perfume que me llega en ocasiones, de una realidad levemente tangible. ¡Algunas veces me pongo a pensar como eran las cosas cuando era pequeño y me encuentro con un bosque de recuerdos tan distinto! Quizás el hecho de residir en una ciudad distinta, de no codearme ya con gente tan económicamente pudiente (fui a un colegio de pago) influya en este sentimiento. Aquel mundo, que no sabría calificar si más o menos habitable que el presente, con su sola presencia en mi memoria ejerce una crítica radical al paisaje y paisanaje que ahora me circunda.



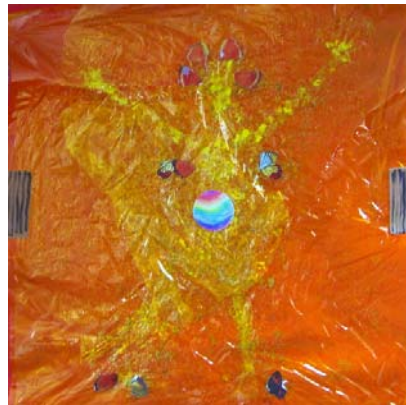
Insectos en una gota de ámbar



Paseo otoñal del autor por el hayedo de Otero de Guardo (Palencia)

Los pisapapeles de mi infancia continúan en el salón de casa de mis padres; siguen decorando las mismas repisas, su jardín crece igual de verde y de florido, pero en mi imaginación su atmósfera se ha teñido de ámbar y en las tardes aburridas me dedico a escrutar su color amarillo en busca de insectos. Me toca perseguir unas vidas ya casi negras atrapadas en la resina fósil; es la caza que me define como artista, presencias fantasmales que deambulan sonámbulas por un presente que no les pertenece, evitando todo contacto con un exterior que las reduciría súbitamente a polvo. En la mayoría de las ocasiones no hallo nada reseñable: restos, objetos, brillos sospechosos, sugerentes siluetas. No tengo la certeza (o la desfachatez) de exhibir un mundo entero sumergido en formol como Damien Hirst. La resina es una sustancia menos dócil pero infinitamente más misteriosa. Lo mismo le ocurre a la miel, tradicionalmente usada como sustancia fúnebre por muchos pueblos mediterráneos. En este dibujo doy cuenta

de la capacidad que tiene lo ambarino para retrotraernos al pasado y a la vez ponernos en contacto con ese “otro lado”. Pertenece a la serie *El mundo sin nosotros* (Palencia-Sur) y es una fantasía arquitectónica sobre las colmenas abandonadas que salpican la comarca del Cerrato palentino.



El océano de ámbar

En la comarca de siempre hubo muchas abejas; colmenas silvestres ocupaban los troncos de las viejas encinas. Sus primeros pobladores quedaron fascinados con aquella sustancia ambarina que extraían furtivamente de los panales, con riesgo para sus vidas. Sus propiedades les invitaban a sumergirse en ella, a abismarse en su calidez translúcida. Pronto empezaron a rociar con ella a sus difuntos, ahogándolos en una dulzura cósmica. Así comenzó la apicultura, pues la necesidad de miel era cada día mayor. Un día amanecieron todas las colmenas sin abejas. La desesperación cundió por doquier. Los humanos juntaron toda la miel que encontraron en este depósito y se zambulleron en él, pensando que accederían así a un universo menos hostil. De sus cadáveres no queda rastro alguno.

Quizás el mundo se volviera algo amarillo para mí el día en que me destinaron a Guardo, recuerdo llegar al pueblo y ver algunos escaparates protegidos por un celofán de aquel color. Naturalmente, no habían cambiado los artículos expuestos en muchos años. Así comencé a comprender cómo algunos viajes en el espacio lo son también en el tiempo, cómo en nuestra España, que hace veinte años presumía ufantemente de europea, quedan comarcas-reliquia en las que la historia se detuvo tiempo ha; lugares cuyo detenimiento no es sino un preludio de su muerte segura. El pasado nunca se va, sólo se esconde; cualquier psicoanalista conoce este fenómeno. En las ciudades, el pasado quizás se hospede en las alcantarillas y catacumbas, teniendo por compañía a ratas y cucarachas; mas en los campos lejanos, azotados por el viento, los fantasmas moran a cielo abierto. Los vivos olvidados y los muertos insepultos conviven en mutua (y conflictiva) vecindad. Escritores periféricos como Juan Rulfo o García Márquez, cuando crearon sus contra-utopías rurales, plasmaron con notable exactitud esta superposición de estratos temporales en un único pero incierto y contradictorio momento.

Esta legión de personajes, los seres perdidos de España, ausentes los vivos, demasiado presentes los difuntos, son el motivo fundamental de mis instalaciones. En ellas reconstruyo sus recónditas moradas, unos cubos destartados de los que cuelgan los escasos y vulgares objetos que les retratan. Nunca exhibiré su cuerpo momificado, no lo he atrapado nunca, quién sabe si éste existe en realidad o tan sólo se trata de un espejismo gestado en el secano ibérico. Únicamente unos cuadros costumbristas muestran la vida secreta de cada personaje. Mi primera instalación fue en homenaje a las prostitutas latinoamericanas que trabajan desde tiempo incierto en los decadentes burdeles de carretera; más tarde me fijé en los hombres del saco, esas oscuras figuras de leyenda que se llevaban a los niños malos (ambas instalaciones expuestas en Cruce en 2007). Próximamente se expondrán en Madrid otras tres obras; una centrada en los maquis, que vivieron refugiados en las montañas combatiendo más allá de toda esperanza, otra dedicada a las mujeres tenidas por brujas, que huyeron a las sierras altas y aparecen de vez en cuando como fantasmas, y una última a los viejos galgos, ahorcados por unos dueños que los juzgaron ya incapaces de correr la liebre. Hay más trabajos: una pieza sobre los jóvenes drogadictos que sobreviven en las cuencas mineras sin futuro y otra sobre aquellas mujeres a quienes la carestía forzó a ejercer la prostitución en la Posguerra española. Muestro esta última obra seguidamente:



Maquillaje sobre las alas grises

Al terminar la Guerra hubo mujeres que, abandonando a sus hijos en orfanatos y hospicios, emprendieron el camino que llevaba a Madrid para ejercer la prostitución. Como polillas que deseaban ser mariposas, sacaron partido a sus humildes cuerpos; se pusieron a revolotear alrededor de las farolas urbanas, confiadas en atraer al cliente deseado. Aún hay quien las encuentra por actuales caminos, morando en chozos pintados de rosa, probablemente se trata de fantasmas provenientes de un pasado mal cerrado, las auténticas bien son muy ancianas, o ya están muertas.



La presencia de figuras desfasadas, alojadas en un tiempo ajeno como un injerto exótico en un árbol, no solamente ocupa mis instalaciones sino prácticamente toda mi obra sobre papel; llena ésta de resistentes agónicos, de seres que incluso desconocen su condición de difuntos, pues el tiempo que ansían es un futuro vedado para ellos. Uno de los mejores ejemplos es el siguiente trabajo perteneciente a la serie *El mundo sin nosotros* (*Palencia-Sur*).



Los visitantes del ayer

El “cristal de bruja” está formado por multitud de esquirlas de yeso que aparecen en el pálido suelo de la comarca. Cuando aquí vivía alguien, la gente pensaba que a través de tales cristales, cual si fueran espejos mágicos, venían a visitar el mundo seres ya difuntos. Tal vez hoy aquellos seres sigan apareciendo en las bodegas de la zona; pero su viaje es inútil; nadie se encuentra ya a este lado del espejo.

Ni siquiera los dioses, los ángeles, o los profetas, escapan al espíritu de la decrepitud, especialmente ellos, que suelen engañarse con una feligresía falsamente piadosa, la cual un día les ignora, se olvida de su nombre. En su desesperada búsqueda de creyentes llegan a extraviarse por terrenos que no resultan ser tan suyos como parecían. Así son las gotas de ámbar, atrapan igualmente a las criaturas más etéreas en su sorda sustancia pegajosa, ningún poder o prestigio frena su coagulación. En estos dos trabajos de la serie *el mundo sin nosotros* lo divino se enfrenta a la inoperancia, descubre que no es ya dueño de la Historia.



Despojos de ángel

De poco sirvió la celestial legión de ángeles custodios. Nunca lograron hacerse escuchar. Sus advertencias fueron inútiles. Ahora, cuando estamos todos muertos tienen que regresar a la morada de su Padre Eterno. No todos lo consiguen, algunos han olvidado el camino de vuelta y acaban marchitándose en cualquier rincón, llegando incluso a morir, pues es falso que la omnipotencia divina llegue a todos los rincones del mundo. En los páramos vacíos la divinidad es impotente.



El santo perro

Ocurrió que Dios, viendo que los seres humanos seguían ignorándolo y estaban echando a perder el planeta, decidió mandarles un último profeta, mudo y servicial: su perro. Pero Dios es siempre impuntual y cuando su profeta fue alumbrado ya era demasiado tarde. En vano buscó el animal entre las edificaciones en ruina. No había nadie a quien redimir, pues el viento no necesita redención alguna.

La profunda des-ubicación que presentan todos mis personajes es tal vez reflejo de la mía propia, proyección de una extranjería (pues extranjero me siento en los páramos). Los seres desfasados a menudo se ven rodeados por un halo mágico, un nimbo dorado como el de los santos, adquirido tal vez en un lugar remoto. Me viene en este momento a la memoria la figura de esa mujer que, vestida a la moda de los años 50, continúa paseando cada sábado por la calle mayor de Palencia. Sé poco de ella, sólo que es funcionaria en la delegación provincial de hacienda, mas la ignorancia que tengo sobre su vida no hace sino alimentar mi fascinación ante quien ha superado con creces al más audaz de los *street performers*, alguien que, a lo mejor involuntariamente, ha fusionado teatro y vida. Y es que, cada vez que los actores teatrales aparecen en escena, dan la impresión de llegar desde muy lejos, de haberse topado milagrosamente con el público después de una prolongada travesía por el desierto, o por el mismo limbo; es una sensación que resulta sumamente misteriosa y atractiva si la comparamos con la docilidad que muestran los rostros domesticados en las pantallas. Recientemente se ha celebrado alguna exposición en España sobre la relación entre arte contemporáneo y teatro, un vínculo muy fructífero desde mi punto de vista. No deseo trazar ahora un mapa de las correspondencias entre plástica y escénica. Se trata de una tarea harto compleja que desborda el espíritu de este cuaderno. Simplemente quiero constatar mi progresivo acercamiento al mundo teatral, proximidad que me ha llevado a leer teoría

del teatro contemporáneo para comprender mejor el funcionamiento formal de mi trabajo, de la misma forma que Kandinsky aplicó sinestésicamente aspectos musicales a su pintura abstracta.

Sobre lo obsceno (en el sentido etimológico de la palabra); sí, tal vez toda mi obra no sea sino un teatro clandestino de lo histórica y sociológicamente reprimido en nuestro país; un insospechado mundo periférico que, al ser presentado en capitales, pretende provocar una *catarsis* en el público. Labor de contrabandista -dirán muchos-, y como tal me siento en ocasiones. Sin lugar a dudas pertenezco a la estirpe de Bertold Brecht, también a la de mi admirado Tadeusz Kantor: en su teatro del objeto, el peso de la obra gravita en torno a viejos cachivaches, rodeados por actores que son acaso meras sombras pululantes en torno a ellos. Sin remontarme a tan ilustres y ya clásicos dramaturgos, existe un grupo teatral español contemporáneo cuyo trabajo entronca fielmente con mi propuesta artística. Me refiero a *la Zaranda (teatro inestable de Andalucía la baja)*, sus montajes son una apuesta por esos mismos seres que aparecen en mis obras, gente ibérica que vive en los márgenes, entre la fantasía y la realidad.



Dos montajes de *La Zaranda*.

Claude Lévi-Strauss definió el “encanto” en su celeberrima obra, *tristes trópicos*, como un sentimiento emanado de aquellos residuos que la civilización genera en su fluir. Dichos restos o coágulos son la materia de estudio para el antropólogo, siempre atento a las diferencias que nos permite pensar lo humano. No de otra manera actúa (o debería actuar) un artista; dando imagen y cuerpo a lo que desaparece en el silencio. Ocultamientos y olvidos sobran en este mundo tan grande que a veces parece manejado por tan pocas manos. Como artista aspiro a confeccionar un collar de piedras de ámbar rescatadas del ilimitado abismo sombrío. Mi rescate será sin duda provisional y, a juzgar por el escaso eco de mis trabajos en el panorama artístico español, poco efectivo por el momento. Me anima, no obstante, una frase de Hannah Arendt que me recordó mi buena amiga Mariví Gimbel, a quien debo la idea de escribir este cuaderno.

"Aún en los tiempos más oscuros tenemos el derecho a esperar cierta iluminación, y dicha iluminación puede provenir menos de las teorías y conceptos que de la luz incierta, titileante y a menudo débil que algunos hombres y mujeres reflejarán en sus trabajos y sus vidas bajo cualquier circunstancia y sobre la época que les tocó vivir en la tierra".

Si deseo ser una de esas personas me espera un trabajo infinito que ahora sé nunca completaré.

JOSÉ LUIS VIÑAS